



Mate con leche

Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Por Marcelo Daniel Bustamante

Todos los chicos leen. Sentados, parados, mientras saborean un helado o después de correr, leen. Siempre leen. Esta fue la premisa elegida para poner a rodar un proyecto de animación y promoción de la lectura, el libro y la cultura en espacios públicos.

Mate con leche da acceso a niños y adolescentes a la literatura infantil y juvenil. Promueve que estos niños y jóvenes puedan entender la lectura como una práctica recreativa capaz de convivir con otras actividades en espacios abiertos, que sean capaces de elegir libremente el material de lectura y que los primeros lectores se sientan acompañados por adultos en su acercamiento al objeto libro.

Mate con leche es una biblioteca ambulante autogestiva que recorre las plazas y los espacios públicos de varios puntos del país, con el fin de proponer una forma distinta de estimular la lectura y disfrutar de los libros en los espacios abiertos, además de interactuar con la comunidad y de intentar sentar las

bases para instalar un libro en la vida cotidiana.

La propuesta convoca a lectores a través de asambleas barriales, cooperadoras de escuelas o radios. Arma la biblioteca en una plaza pública o en el patio de una escuela. Un bibliotecario recibe a los lectores y les explica qué actividades se realizarán. El interesado elige el libro; si no sabe qué leer, el bibliotecario le sugiere algún título. Se registra el libro retirado, con una firma, un dibujo o simplemente un garabato. Ahora sí, ¡a leer! La lectura podrá ser individual o grupal, en voz baja o en voz alta, porque hay tantas formas de leer como lectores. Finalmente, la biblioteca se retira, por lo general después de cuatro horas. Si la biblioteca volviese a la semana al mismo lugar, se les permite a los lectores tomar prestado un libro que deberán devolver en la siguiente visita.

Una vecina de la Plaza de J. B. Justo y Boyacá relata su sorpresa: “Un día vi que nuestras hijas sacaban almohadones, muñecos y libros al patio de nuestra casa. En un momento las escuché leer y, cuando me asomé, las vi rodeadas de los muñecos, a los que les leían. Les pregunté qué hacían y me respondieron: “Jugamos a la biblioteca, mamá”.



La biblioteca ambulante recorre gran parte del país abriendo sus libros en los espacios públicos. La plaza, en este caso, se convierte en el lugar de encuentro y de disfrute de un buen texto.